

*Manel Martin's*



LA

ROSA DE OTOÑO

## PROLOGO

Según me dijo un amigo el amor no existe simplemente es una atracción carnal, o un convenio por un tiempo indeterminado.

Es fácil de comprender por aquellas personas que nunca se han enamorado. Pero que ocurre cuando eres tu quien se enamora.

Yo agradezco el día que Rosana me contó cierta historia. Creo que será mejor que la lean.

El Autor.

## La rosa de otoño.

Todo es pasajero, o al menos eso he creído toda mi corta vida, en todo hay un principio y un fin según enseña la naturaleza, pero algunas personas dejan huella y yo debo contar la pequeña historia de alguien a quien solo yo creía recordar y a la que hubiera olvidado si no me hubiera dejado su pequeño secreto o su origen...

Todo empezó a principio de Junio, el calor en la oficina del periódico se hacía insoportable y el viejo aire acondicionado siempre estaba averiado. Miré los cristales de la oficina de mi jefe, (el señor Andrés) también él tenía abierta la ventana y un ventilador en un rincón para que no salieran volando los papeles que tenía sobre la mesa.

Mis padres como tenían por costumbre, se habían trasladado a Tarragona buscando el suave aire del mar y este año con más motivo; mientras yo esperaba las vacaciones con ansiedad, que llegarían con el caluroso mes de Julio. Ese año en Madrid parecía que el verano se había adelantado y castigaba con fuerza a poco de estrenar Junio.

Sola en el piso de mis padres ya jubilados y sin el apoyo de mi gran amigo Edmundo destinado a Santander por el periódico, buscaba refugio en el viejo bar, donde nos reuníamos los amigos los fines de semana y del que intentaba sacar historietas, para mis artículos sobre el amor o consejos matrimoniales. Yo soltera y sin compromiso, pese a haber tenido dos pretendientes; a los que según Edmundo había asustado al saber en que

trabajaba. Era la reina de corazones en el periódico a mis treinta y dos años.

Nunca sabré a cuanta gente habré hecho desgraciada o feliz, pero sí de algunas personas a las que he ayudado con mis consejos, como siempre cargados de buena fe aunque no de experiencia. El éxito de mi página se mide por los correos que recibo, antes eran cartas y recibía menos cantidad; hoy es mucho más fácil y practico mandar un correo electrónico. En fin era la decisión de mi jefe y no la mía.

Muchas tardes cogía un libro y solía irme al retiro, allí sentada a la sombra de unos frondosos árboles me sentía feliz y libre, una anciana se sentaba en ocasiones a mi lado y hablaba, contaba historias a las que yo no daba importancia o no prestaba atención, enfrascada en la lectura de mi libro, de vez en cuando levantaba la vista y la miraba. La señora hacía calcetines de ganchillo con cuatro agujas y los terminaba sin costura. Ella miraba las agujas y yo el libro, no nos molestábamos . Anocheciendo nos íbamos cada una por su parte. Siempre con un adiós y una sonrisa en los labios.

Ya hacía dos semanas que no venía por el parque y parecía que su murmullo lo echaba en falta. Pero podía centrarme más en la lectura.

Muchos consejos amorosos pueden salir de los libros o de las historias que cuentan, no era el caso del libro que estaba leyendo en ese momento, pero esa tarde el tiempo cambió y de pronto se nubló, una señora se acercó llevando en la mano un paquete.

- Perdona es usted la periodista que se sienta con la señora Andrea.

- No lo sé, aquí suele sentarse una señora mayor que hace calcetines de ganchillo. No sé su nombre “lo siento”. Casi me avergoncé de no conocer el nombre de la señora con la que llevaba años sentándome.

- Si era la señora Andrea, ella la describió y me dijo que era usted periodista. Hablaba mucho de usted decía que leía mucho y era muy culta.

- ¿Ella hablaba de mi, es que la señora...?

- Si ha fallecido, hace dos días y en este caso el paquete es para usted.

- Miré el paquete y en el envoltorio ponía.

**Para la chica que me acompaña en el banco del parque, una vez me dijo que era periodista. Gracias por su compañía.**

- Gracias señora... no sé qué decir – contesté.

- Mejor no diga nada y quédese el paquete la señora Andrea no podrá venir y yo ya he cumplido con su última voluntad.

- ¿Pero el paquete?

- Hace más de un mes que lo tenía sobre la mesa y yo tenía la orden de buscarla y entregárselo cuando ella falleciera.

- ¿Quiere decir que... ella sabía que fallecería?

- Si lo sabía y lo dejó todo atado y bien atado, sabía que su corazón no aguantaría mucho, en fin debo irme, adiós.

-Adiós señora.

Me quedé sentada en el banco mirando el paquete y sin atreverme a abrirlo. Las golondrinas empezaron a surcar el aire y el viento humedo anunciaba lluvia, puse el libro en el bolso y con el paquete bajo el brazo me dirigí a mi casa, entrando en el portal empezó a llover suavemente, parecía que la lluvia había querido esperar a mi regreso. Como ocurría a menudo un cartel en el ascensor anunciaba que no funcionaba, afortunadamente vivía en el segundo.

Dejé mi bolso colgado en la percha de la entrada y el paquete sobre la mesa del salón-comedor. El piso era más bien pequeño y solo tenía dos habitaciones aunque para mis padres y para mí eran suficientes. En mi habitación utilizaba una vieja mesa de despacho con cajones a los dos lados, para guardar mi ropa interior y todo aquello que podía plegar y colocar, solo el cajón central era utilizado para guardar las cosas del escritorio. Una pequeña estantería colgada de la pared alrededor de un espejo servía para amontonar papeles a un lado y al otro los típicos utensilios de mujer, incluido mi perfume favorito “Chanel n.º 5” del que solo me mojaba el dedo y lo pasaba por detrás de las orejas.

Me puse cómoda y salí al salón, la caja se presentaba como una incógnita y decidí abrirla con cuidado, sobre el papel no había remite. La caja debió contener botas pues era palpable por su tamaño y la etiqueta, en su exterior otro papel envolvía lo que parecía un libro, pero había un envoltorio irregular mucho más pequeño y blando al tacto, lo abrí y me encontré con unos calcetines blancos de ganchillo. Que no tardé en probarme.

Saque el libro envuelto y le quité el papel, una carta acompañaba el libro seguramente dirigida a mi donde leí.

**Señorita, este es mi bien máspreciado, se que a usted le gusta leer, pero si se cansa y no descubre su lectura no deje que nadie más lo coja y quémelo. En él está mi vida y mi juventud. De su contenido se quiso escribir ¿no se? por un amigo de... no recuerdo su nombre, nunca se puso a la venta y tampoco sé si... de todas maneras yo no estaré para guiarla espero que sea lo suficientemente lista, para leerlo o descubrirlo. No sé que mas decir mi cabeza ya no está para... bueno termino, gracias por su compañía.**

**Andrea Gutiérrez del Llano.**

Miré el libro, (que no era tal) en su tapa leí. La rosa de Otoño. Y en su interior un nombre del que creía autor. Rafael Altarriba. Estaba compuesto por hojas sueltas que se iban (seguramente) añadiendo a él. Dos maderas a un lado atravesadas por sendos tornillos con palomilla sujetaban las hojas. Busqué en internet al autor y encontré un Rafael Altamira que había fallecido en México en 1951. Escritor nacido en Valencia y con una gran producción literaria. Pensé que debía ser un juego de palabras o un seudónimo por algún motivo que desconocía. Abrí el libro e intente leerlo, parecía un libro de historias cortas, con algunas frases sin sentido, en el que se podía pasar fácilmente a una nueva historia bélica o de acción. No encontraba sentido, entonces me di cuenta que bajo el

libro habían diez cartulinas perforadas. Instintivamente puse una sobre la página, sin encontrar resultados validos.

Dejé el libro en la caja, guardé los calcetines y encendí el televisor, las novelas me aburrían posiblemente porque no seguía ninguna, los programas del corazón... “bueno” en realidad no soportaba las críticas a terceras personas no era mi estilo, yo intentaba unir y en esos programas se intenta separar, me pasé a las pocas películas y ya las había visto. En estos casos solía refugiarme en un libro o en redactar un artículo. Miré el reloj y me dispuse a hacer la cena para mi sola. Podía salir a picar con los amigos pero el tiempo continuaba con fina lluvia. Saqué la sandwichera y me hice un sándwich.

Me acomodé ante el televisor viendo el telediario y al poco tiempo sonó el teléfono; mi madre llamaba cada dos días por mi insistencia; pues con anterioridad lo hacía todos los días. Durante cinco minutos mis palabras fueron en su mayoría “si mama”.

Volví a recrearme en el sillón predilecto de mi padre, cambiando canales del televisor, no encontraba nada que me distrajera y me levanté a coger un libro; pero recordé la carta de Andrea. “Espero que sea lo bastante lista para leerlo”. Me fui directa a la mesa y saqué todo lo que había en la caja referente al libro. En su interior habían hojas sueltas escritas a mano. Leí algunas.

-No sabes cómo te amo y espero nuestro próximo encuentro, mi vida está en tus manos no me dejes nunca. Te amo.

- Estaba claro que la había escrito Andrea. Pero ¿a quién se refería o el mensaje sería para ella?



Seguí leyendo varias notas más. En una se podía leer: El domingo estaré en el refugio te espero con impaciencia.

Debajo seguía: Lo siento amor mío no pude acudir espero que lo entiendas. No pude salir de Burgos.

Leí varias frases y seguí sin tener ante mis ojos una historia razonable. Durante unas horas me dedique a leer notas y buscar como unirlas. Los ojos ya se cerraban y me acosté.

Nuevamente en el periódico mi cabeza no podía desenredar el ovillo que significaban las notas. Hice mi trabajo contestando algunas cartas pero mi cabeza no conseguía centrarse. Decidí utilizar un remedio que ya había utilizado en otras ocasiones y que no era otro que publicar correos de agradecimiento sin decir de quienes eran.

Era viernes y decidí salir con los pocos amigos que tenía, nos reuníamos en un bar de copas o Pub donde servían tapas variadas. Eso significaba no tener que hacer la cena.

Había un convenio de honor entre nosotros y este era “no hablar de trabajo”.

Las primeras palabras de mi amigo Joel fueron para preguntar por Edmundo.

- Lo siento Joel pero no tengo noticias recientes de él hace un mes que ni me llama ni lo he llamado.

- A mi tampoco – contestó.

- Debe estar muy ocupado.

- O ha conocido otros amigos y se ha olvidado de nosotros. Bueno hablemos de otra cosa ¿habéis escuchado lo último de Bustamante?

- A mi no me gusta – dijo Encarna.

- ¿Por qué?

- Por que se casó con la Echeverría.- Dijo sonriendo – y se ha olvidado de mí.

- Creo haber leído que se separan.

- Me alegro, así tendré una oportunidad.

- Pero si no lo conoces, ni viene por aquí – dijo Joel.

- En mis sueños si está soltero mejor. Pienso ir a su concierto cuando venga a Madrid.

A las dos de la mañana llegaba a casa, de momento había olvidado el libro de Andrea. Pero al llegar lo vi sobre la mesa como si me esperase.

Lo cogí y lo guardé en un armario antes de acostarme.

Sábado por la mañana el sol entraba por un resquicio de la ventana. Me levanté y me dirigí al aseo una buena y reconfortante ducha me puso en marcha. Debía hacer la compra y la limpieza. Miré la nevera y me quedaba un tape de lentejas, estaba claro que esa iba ser mi comida. Empecé con la limpieza y después de comer me fui al supermercado. De vuelta a casa y con toda la compra distribuida. Me senté ante el televisor que no tardé en apagar, unos días antes había comenzado a leer El último Catón de Matilde Asensi lo cogí y me dispuse a leer, pero no lograba concentrarme. Era como si el libro de Andrea me llamase.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

